



Jesús, el de José Saramago.
Una aproximación desde
la otra orilla

· RODOLFO E. DE ROUX G., S.I.*

RESUMEN

Una religión cuyo símbolo central es la sangre y en cuyo nombre se la ha derramado tan profusamente a lo largo de dos milenios ¿puede pretender credibilidad en el mundo de hoy como interpretación y guía práctica del sentido de la condición humana? Para el autor de esta reseña, tal es el reto que plantea la novela El Evangelio según Jesucristo, del Premio Nobel de Literatura José Saramago, a los teólogos, historiadores y pastoralistas católicos.

Abstract

What kind of credibility can find, in today's world, as an interpretation and praxis guide of the human condition, a religion whose central symbol is the blood, and in whose name it has been shed so profusely along a bimillenary history? For the author of this recension, this is the challenge presented to catholic theologians, historians and pastoralists by José Saramago, Nobel prize winner, in his novel The Gospel According to Jesus Christ.

EN BUSCA DE UNA PERSPECTIVA

El título de esta reseña sobre la novela de José Saramago, *El Evangelio según Jesucristo* (Lisboa, 1991)¹, expresa ya una interpretación global de la misma.

* Licenciado en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Javeriana. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana (Roma).

Para un conocedor de los Evangelios canónicos, como fuente primordial sobre la persona y obra de Jesucristo, resulta evidente que Saramago ha trabajado su personaje con total independencia de los mismos. No obstante, retiene hasta cierto punto algunos hitos de la secuencia narrativa de aquéllos, y aun aprovecha algunos de sus materiales, desde los perfiles de tal o cual evento, hasta la inclusión de citas casi textuales. En definitiva, crea un nuevo personaje: ese *Jesús de Nazaret* que, aun presentado en el título de la novela como *Jesucristo*, vale decir Jesús Mesías, de hecho apenas -¡si alguna vez!- es referido como tal a lo largo de esas buenas 514 páginas. Éste es un primer dato que puede resultar de interés para el intérprete. No sorprende menos la atribución de todo el conjunto a Jesucristo mismo, a tenor de la consabida denominación de cada Evangelio «según Mateo, Marcos etc.». Por cuanto en el decurso de la novela, el mismo Saramago, o cuando menos el *narrador anónimo*, no se recata de afirmarse como «el evangelista de este evangelio» (p. 144; 355).² ¿Por qué entonces se lo atribuye a ese Jesucristo? Otro dato de interés para el intérprete.

Nos hallamos sin duda ante una obra literaria de notable envergadura.³ Por lo mismo, ya sólo su riqueza estética, en bellas descripciones de un entorno cósmico que se entreteje fluidamente con el relato, y no menos en la cadencia emocional, que irriga cada episodio con una gama amplísima de sentimientos, ameritan de por sí un estudio especializado. Ni qué decir de la fuerza humana de los caracteres protagónicos, del imaginario que reconstruye un hábitat geográfico, cultural, social y religioso, de la tensión dramática que mantiene la secuencia total en camino hacia su desenlace. Son todas ellas calidades literarias que acreditan al Nobel de Literatura de 1998, pero que no entran directamente en el foco de interés de esta aproximación interpretativa.

1. SARAMAGO, JOSÉ, *El Evangelio según Jesucristo*, Alfaguara, 1999. Las referencias al texto de Saramago se anotan simplemente por la paginación de esta edición, entre paréntesis, sin más especificaciones.
2. Quizás apuntan en la misma dirección los dos epígrafes al texto (p. 9). Reproduce el primero la introducción de Lucas 1,1-4, en la que éste asume la autoría y expresa el sentido de su versión «de la doctrina que has recibido». Más sutil resulta el segundo, como ratificación del sentido de la muerte de Jesús, según Pilatos: *Quod scripsi, scripsi*; en latín, por cierto, y sin referencia alguna al texto de los Evangelios. ¿Quién es aquí Pilatos?
3. «...basta para dar a Saramago un lugar en la biblioteca universal y en la memoria de los hombres.» *The Nation*. Citado en la contrasolapa de la edición de Alfaguara.

Más todavía. El estilo narrativo de Saramago discurre con una soltura que no es del caso valorar aquí, por entre el relato mismo y las acotaciones del autor en muchas direcciones: desde la observación psicologizante y el buen sentido de las cosas humanas, en una especie de sabiduría popular ilustrada, hasta las preguntas y planteamientos que cabría situar ya en la perspectiva de un esbozo de reflexión filosófica; especialmente en el campo de la ética y, en nuestro caso, de la religión, en un sentido muy amplio. Que si por allí corre en buena medida el pensamiento del autor, tampoco es tarea simple recogerlo y descifrarlo. De cualquier manera, excede los límites de esta reseña. Nuestro intento aquí es mucho más restringido, y por lo mismo, quizás, más arriesgado. Una advertencia, ésta, saludable, frente a cualquier pretensión de haber «dado en el blanco». Ni siquiera en el aspecto que nos ocupa.

¿Cómo podríamos precisar nuestro tema en forma suficiente, al menos como hipótesis interpretativa? Si cabe presumir una opinión fundamentada, en los editores de Alfaguara sobre un punto cuando menos focal en el *mensaje* de la novela, cabe alinear nuestra pregunta con la que campea - ¡en recuadro rojo! - en la contrasolapa de su edición, y que reza así: «Quién es este Dios nuestro, primero hebraico y ahora cristiano...»⁴ A nuestro propio riesgo, nosotros vamos más allá. Prescindiendo, por una restricción metodológica, de la extensión que pueda hacerse al conjunto del movimiento cristiano, retenemos como legítimo una ulterior especificación de ese «Dios nuestro», para sustituirlo llanamente por un «Dios católico», claro está, desde el texto mismo de la novela. En un momento clave, y por cierto en boca de ese dios⁵, se califica de *católica* tanto la referencia de tal dios a un grupo humano concreto (p. 424), como a la iglesia, «una sociedad religiosa que tú (*Jesús*) fundarás» (p. 434-435). Resulta por demás evidente la especificación intencionadamente católica del cristianismo, en el diseño histórico de esa «sociedad religiosa» que allí se incluye. Por discutible que nos parezca, por la

-
4. De momento nos detenemos allí. Con todo, el resto está indicado ya en nuestro resumen inicial.
 5. En nuestro propio texto escribimos con minúscula ese nombre en cuanto alude a la imagen que se va construyendo en la novela. Hasta tal punto nos resulta ajeno al Dios de nuestra fe. Con todo, respetamos la grafía de Saramago cuando transcribimos su texto.

selectividad que la rige y su interpretación, no por ello nos resulta menos identificante.⁶

Con lo dicho queda precisado entonces el sentido de ese «desde la otra orilla» del subtítulo de este ensayo. Nos aproximamos a esta novela desde la posición existencial de católicos, por cuanto precisamente como tales nos sentimos interpelados por ella. Confiamos hacerlo, eso sí, con honestidad suficiente; y en lo posible, también, sin dejarnos aprisionar por nuestros propios intereses y dogmatismos, hasta poder dialogar franca y respetuosamente con el texto.

Precisado así nuestro punto de vista, cabe todavía plantear -siempre como pregunta- la ubicación más precisa de esta novela al interior de las múltiples expresiones literarias de la condición humana. Reconociendo que no es fácil, dada su misma riqueza y complejidad, en el ámbito de las preguntas decisivas de este minúsculo habitante del planeta Tierra. Nos atrevemos, con todo, a situarla entre dos formas de expresión de tales temas: una, de mayor profundidad y por lo mismo de más amplio alcance, en el *mito*; con mayor restricción, y por lo mismo quizás con intencionalidad secundaria, en la *etiología*, entendida ésta como el relato que da razón del *ethos* concreto donde se fusionan la cosmovisión y el comportamiento de un grupo social. En coherencia con lo dicho, refiero esa etiología al *catolicismo histórico*, tal y como parece estar ante el espíritu que se dice en el texto.⁷

Una última aclaración preliminar. En nuestra comprensión de la literatura, ella bien puede ser portadora de una pretensión de verdad -en cuanto ésta significa una afirmación auténtica sobre la realidad-, pero por sus propios caminos, bien distintos del discurso conceptual, tanto menos el teórico, o de la exposición científica. «Ese matrimonio de pensamiento e imagen, verdad y emoción, descripción y metáfora, que caracteriza la literatura en

6. Otra confirmación cabe aportar, desde fuera del texto pero no de la obra de Saramago, con su novela anterior (1982) *Memorial del convento*. Tan afín a la nuestra en más de un punto por lo que respecta a la visión del autor sobre el catolicismo histórico de su Portugal nativo.

7. Como se irá viendo, nos retraemos deliberadamente de presumir las intenciones del autor. Esto supone un esfuerzo ulterior en el proceso de interpretación. De momento, nuestro único referente es el texto mismo de la novela.

general»⁸, condena de antemano a un reduccionismo ilegítimo cualquier empeño de «traducción simultánea». Sí, en cambio, pensamos, puede abrir un camino hacia la posición fundante, existencial, del autor ante la vida y los interrogantes que suscita el hecho simple -¡y a veces tan complejo!- de «estar en el mundo», siempre y sólo, claro está, en cuanto se refleja en su texto.

CONDENSACIÓN DEL RELATO

Si el presupuesto asumido es correcto, la *historia* misma en sus líneas matrices bien puede ofrecer de por sí una simbolización suficiente del *mensaje*, cuando menos para una aproximación como ésta. Queda siempre abierta la posibilidad de que un examen más detenido del texto revele otros detalles que muevan a reajustar el conjunto, pero tampoco a cambiarlo radicalmente. Conocedor de los Evangelios canónicos, el lector descubrirá los puntos de contacto, sin someterlo aquí a repeticiones de lo ya conocido.

La concepción y nacimiento del primogénito de esta joven pareja nazaretana, vienen ya cargados de premoniciones. Dos fuerzas ocultas, antagónicas entre sí o simplemente complementarias -todavía no lo sabemos-, se hacen presentes en un juego de símbolos. La una, todavía anónima y en figuración cósmica: ese amanecer sobrecogedor y sobre todo ese viento súbito y arrastrador, que resulta decisivo al inducir en José una cohabitación carnal con su esposa, tan al margen de un afecto conyugal profundo, que parece reducir a los esposos a la condición de instrumento casi mecánico de una voluntad exterior, diríamos astutamente poderosa. La otra, en cambio, en personalización manifiesta y autoidentificación espontánea: ese ángel-mendigo, grandeza despojada, que sitúa a María ante la realidad irreversible del hijo por nacer, cualificándolo además de entrada mediante el símbolo de esa escudilla de tierra luminosa: tierra que vuelve a la tierra, un comienzo sellado ya por su propio fin ineluctable.

Los sucesos de Belén marcan un nuevo hito. De una parte, el ángel-mendigo se presenta de nuevo bajo la figura de un pastor -sólo para María

8. Mc'EVENUE, SEAN, «*Theological Doctrines and the Old Testament: Lonergan's Contribution*», en *Interpretation and Bible. Essays on Truth in Literature*, Minnesota, 1994, p. 49. Nos ha sido de mucha utilidad toda la obra para precisar y fundamentar el alcance de sentido y valor atribuibles a una obra literaria. Véase también, allí mismo: «*Can You Really Believe the Bible?*» (pp. 7-22) que analiza y asume la pretensión de verdad en literatura.

un gigante- que obsequia al recién nacido con su pan cocido «con el fuego que sólo dentro de la tierra hay» (p. 92). De la otra, de nuevo esa fuerza anónima que ahora exaspera hasta la locura homicida a un Herodes, corroido ya por la enfermedad abominable y los recelos de poder. Esta vez bajo el sueño-visión de un Miqueas furibundo, cuya amenaza, consolidada en Belén por los intérpretes del texto profético, induce al rey a ordenar la matanza de los niños inocentes. Pero que también en alguna manera se autorevela en esa atmósfera de horrible carnicería sacrificial, en que sucumbe la presentación del niño de José y María en el Templo.⁹ No obstante, el hito de sentido llega cuando José, enterado por casualidad del proyecto homicida, y adelantándose a los soldados ejecutores, salva al recién nacido «de esta primera muerte» (p. 136), sin cuidarse de advertir a los padres de las otras víctimas. Los gritos y lamentos de esta otra carnicería son ya de por sí una acusación al carpintero, que por demás el ángel-pastor pondrá de presente a María.

Esa culpa marcará la vida de José, y envolverá en un halo de inquietud a la familia, ya por entonces numerosa -nueve hijos- del carpintero de Nazaret. Es un sueño recurrente e inexorable en el que -¿José?- cambia la dirección de su culpa: se sueña a sí mismo soldado, bajando a Belén para matar a su *hijo*. ¿Quién puede ser ese «padre»?

Entre tanto, Jesús alcanza ya su primera juventud. Y el vendaval de la guerra da un vuelco a su vida. La brutal represión romana que sigue a la sublevación de Judas Galileo victimiza absurdamente al pacífico José, culpable sólo de llevar ayuda a su vecino herido en combate. El carpintero muere *crucificado* en Séforis, no sin comprender antes el sentido de este fin suyo terrible: «Dios no perdona los pecados que manda cometer.» (p. 181). Y ahora Jesús adolescente, y primogénito, recibe en herencia ese mismo sueño del padre, claro está, desde su perspectiva filial, quizás más espantosa: ¡su padre-soldado viene a matarlo! Profunda e inexorablemente perturbado, el muchacho abandona la casa paterna: va en busca de sí mismo.

Ante todo busca en el Templo, donde reduce a un silencio estremecido la pretendida ciencia del escriba con su pregunta acuciante sobre ese

9. Apunta juiciosamente el narrador-evangelista: «...un alma cualquiera, que ni santa tendría que ser, simplemente de las vulgares, tendrá dificultad para entender que Dios se sienta feliz en esta carnicería, siendo, como dicen que es, padre común de los hombres y de las bestias.» (p. 111).

tormento humano de la culpa, del arrepentimiento y el perdón. Luego también en Belén, y en la cueva donde conoce al fin de labios de la esclava Zelomi, su partera, la culpa del padre. En definitiva, se encuentra con el ángel de marras, ahora Pastor de nombre y de oficio, a quien sigue para convivir con él en la montaña, por cuatro años. Es una convivencia extraña, de afectos y repulsas, con este cuestionador radical de un dios incongruente, entre la realidad de su propia obra y los comportamientos que exige a su criatura. Hasta la acusación rotunda, que suscita en el muchacho la convicción de estar conviviendo con el mismo diablo: «Tu Dios es el único guardián de una prisión donde el único preso es tu Dios.» (p. 271). Quizás por una urgencia de reafirmarse frente al Acusador, Jesús vuelve a Jerusalem para una Pascua. Pero en definitiva también él se rehusa a sacrificar su cordero, aun arrastrando la repulsa de su propia madre, con quien se encuentra por acaso.

Ese mismo cordero, oveja ya de tres años y extraviada, lo conduce al desierto de su primera confrontación con ese dios que dominará su vida. En la desnudez total de un nuevo Adán - sólo el sol quemante y la oveja recuperada- Jesús dialoga con esa nube de humo que gira sobre sí misma: - ¿Qué quieres de mí? - Un día lo querré todo. Ya conocerá Jesús el día y la hora, pero desde ya debe empezar a disponer el espíritu y el cuerpo; bajo el signo de la promesa: - Tendrás el poder y la gloria. De momento, debe sacrificarle ¡su oveja! como prenda de alianza. Jesús lo hace llorando, sólo para recibir esta admonición terrible: «No olvides que a partir de hoy me perteneces por la sangre» (p. 303). Sin duda por lo mismo, significa también su separación definitiva del pastor-diablo: «No has aprendido nada, vete.» Lo conmina éste al enterarse del suceso.

Se abre así una nueva etapa en el camino de Jesús, ahora vuelto a su Galilea nativa, pero ya en las playas idílicas del mar de Tiberíades. Y es en verdad un idilio de amor humano lo que le sale al paso en esa bella prostituta, María de Magdala, ritmado profusamente con las estrofas del Cantar de los Cantares.¹⁰ Con todo, Jesús regresa a su casa de Nazaret para comunicar a los suyos: «He visto a Dios», y esperar su credulidad. Sólo recibe en cambio la

10. No deja de sorprender este recurso en un Saramago tan descuidado en recoger de la Escritura cualquier otro rasgo de amor auténtico que pueda ennoblecerla. Y dios mismo tendría que disculparse de «haber vuelto los ojos» para no ver estas libertades amorosas del que le pertenece. Cuánto más, diríamos, de cantarlas con su palabra.

repulsa de su madre María -¡Conviviste cuatro años con el diablo!- y el escepticismo de su hermano Tiago. De vuelta por Magdala, convivirá en adelante con esa otra María, rescatada por amor de su triste menester de prostituta, quien será su confidente y su único apoyo hasta la prueba suprema. Mientras ello ocurre, Jesús deberá ganarse el sustento entre los pescadores, y allí empieza a experimentar las señas de poder que la voz del desierto le había prometido. Con toda la generosidad de su corazón bueno, Jesús se convierte en el alivio económico de la región mediante sus pescas tan sorprendidas como abundantes.

Ya para entonces María de Nazaret ha sido visitada por un ángel, esta vez, sí, enviado de dios. Conoce la verdadera paternidad de ese hijo suyo, y cómo la simiente de José fue apenas ocasión casi fortuita para llevar adelante los proyectos de un dios que más frecuenta el no que el sí, y ante el cual tendrá que someterse su hijo, sin presumir merecimiento alguno, «cuando sois sólo míseros esclavos de la voluntad absoluta de Dios» (p. 361). Una esclavitud que de su parte asume María enviando a sus hijos mayores en busca de Jesús, para ofrecerle su credulidad y reclamarlo a casa. Jesús se niega.

Por lo demás, ya sus poderes se expanden y diversifican. Sin suspender las pescas milagrosas -que le han valido la amistad de Pedro y Andrés, de Tiago y Juan-, sobrevienen las tempestades calmadas y el agua convertida en vino en unas bodas familiares, en Caná. Fugaz encuentro también para las dos Marías, unidas en un amor tan disparejo a ese mismo Jesús; tenso y atormentado el de la madre, rendido y fiel el de la amante, que aun su madre quisiera ser. Así «comienza el tiempo de la gran espera», anota juiciosamente el narrador (p. 400). Y otra sorpresa sobre sí mismo saldrá al paso de este Jesús taumaturgo, en el desafortunado geraceno a quien libera de su legión de demonios, por cuanto éstos a su vez le descubren su filiación oculta de «Hijo de Dios Altísimo»... «Jesús -anota el narrador-, como quien acabara de reconocerse en otro, se sintió también él como poseído, (...) por unos poderes que lo llevarían no sabía a dónde o a qué, pero sin duda, a la tumba y a las tumbas.» (p. 406). Jesús permite a los demonios acogerse a la pira de puercos que se precipitan al mar, sólo para constatar después, él mismo, la inutilidad de aquella pérdida, por cuanto -reflexiona- «los demonios no mueren (...) ni siquiera Dios los puede matar» (p. 409). Esa misma noche revela a sus amigos toda su historia, y ellos se ofrecen a seguirlo. Dos señas más

jalonan este camino de Jesús, preanunciando quizás a su manera la conflictividad de esa identidad suya nueva en la que va penetrando: de su corazón compasivo recibirá un alimento prodigioso la multitud hambrienta; pero de ese mismo corazón impaciente y celoso de sus prerrogativas, resultará seca y maldita la higuera inocente que no le sirvió al punto los frutos deseados.

Llegamos así al gran día de la «revelación» definitiva, que se preanuncia ya en ese pálpito que arranca a Jesús del refugio tibio de su compañera, para salir al mar en medio de la niebla: «Al fin voy a saber quién soy y para qué sirvo.» (p. 416). Solo en la barca -¡él, navegante tan inexperto!- se adentra a fuerza de remos en ese muro de niebla que se abre y se cierra en torno suyo aprisionándolo en un estrecho círculo de luminosidad misteriosa, en donde de repente se encuentra cara a cara con su dios, esta vez en la figura de un hombre rudo y prepotente, ataviado de ricas vestiduras. Se traba en seguida un diálogo tenso, durante el cual -como dios mismo lo especifica- se plantean las dos cuestiones vitales para ese hombre.

Primero, y significativamente a solas entre los dos, el dios confiesa su paternidad, bien común por lo demás a los dioses y diosas de las religiones. «Y este hijo que soy, para qué lo quisiste. - Porque necesitaba a alguien que me ayudara aquí en la tierra» (p. 420).

Se ha planteado la segunda cuestión. Pero se abre un paréntesis significativo: es ese ángel caído-mendigo-pastor-puerco, que llega braceando furiosamente, como un «leviatán surgiendo de las últimas profundidades», y sube a la barca para instalarse entre Jesús y su dios. De momento, y contra las expectativas de Jesús, se limitará a escuchar. Va a conocer por fin ese proyecto que apenas intuye sin lograr especificar.

Casi acosado por un Jesús cuestionador, dios se destapa: la insatisfacción de su corazón no tolera una simple parcela hebrea de adoradores; necesita una religión universal para sí. Y, conociendo bien al hombre, sabe que tiene en él dos armas en su favor: la emotividad que despierta y alimenta una muerte espantosa; y el sentimiento de culpa, que nunca logra sacudirse. Jesús le ofrecerá ambas: su muerte de cruz y su oferta de perdón al arrepentimiento. Con poca buena gana, dios tiene que descubrir a Jesús los resultados de su propia victimación: surgirá una iglesia católica, por universal; así tenga dios mismo que tolerar un opacamiento de sí en beneficio del crucifi-

cado. Y Jesús que urge de nuevo: «Cómo vivirán los hombres que vengan después de mí (...) si serán más felices» (p. 435). Acaba entonces por abrirse ante los ojos espantados de Jesús -¡y aun del mismo diablo!- esa carnicería inagotable de la historia cristiana. Minuciosa, inexorablemente, desfilan los martirios¹¹ (pp. 437-442); las maceraciones ascéticas y la multitud variopinta de religiosos y religiosas «castigándose por haber nacido con el cuerpo que Dios les dio y sin el cual no tendrían donde poner el alma» (pp. 442- 445); las guerras y cruzadas (pp. 445-447); las torturas y hogueras de los inquisidores (pp. 448-449). La conclusión no puede ser menos aterradora:

«-Morirán cientos de miles (...) y todo esto será por mi culpa. - No por tu culpa, por tu causa, Padre, aparta de mí ese cáliz. - El que tú lo bebas es condición de mi poder y de tu gloria.- No quiero esa gloria.- Pero yo quiero ese poder.» (p. 449).

El diablo, callado hasta entonces, se juega su carta de oros con tal de evitar tanto desastre: ofrece su sometimiento a cambio de un perdón que dará término al Mal, para que gobierne sólo el Bien y «todo terminará como si no hubiera sido, todo empezará a ser como si de esa manera debiera ser siempre» (p. 451). Al dios correspondió decir la última palabra: «No te acepto, no te perdono, te quiero como eres y, de ser posible, todavía peor de lo que eres ahora. (..) Porque este Bien que yo soy no existiría sin ese Mal que tú eres (...) para que yo sea el Bien, es necesario que tú sigas siendo el Mal, si el Diablo no vive como Diablo, Dios no vive como Dios, la muerte del uno sería la muerte del otro.» (p. 451). Nada queda entonces por decir. El diablo reclama de Jesús su escudilla de marras, y sólo de él se despide: «Hasta siempre, ya que él lo ha querido

-
11. Alfabéticamente distribuidos con una monotonía imponente que no parece perturbar a un autor tan cuidadoso de la fluidez y galanura de su narración. Nos recuerda en cambio esas páginas del *Memorial del convento* donde se apretuja en chaques de procesión la letanía de hermandades y cofradías (Alfaguara, 1998, pp. 192-197).
 12. Para quien busca un sentido global en la estructura de la novela de Saramago, es decisivo este pasaje. Son cuarenta páginas de diálogo tenso y conflictivo de un Jesús atrapado entre dios y el diablo, entre la niebla impenetrable del mar; y ello a lo largo de un tiempo que se contrae a proporciones míticas: sólo minutos de un encuentro, para Jesús; cuarenta días para la multitud inmovilizada y espantada, en la orilla... Aun con referencias explícitas al *catolicismo*, el diálogo penetra en temas que sin duda conciernen el alma religiosa: ese pecado -que parece ser el reverso de una moneda que es el hombre-, y por lo mismo la culpa, el arrepentimiento y el perdón. Pero sobre todo, el bien y el mal, que en un sentido próximo al jungiano, se integran insolublemente -dios

así.» (p. 452). Ya sólo se perciben entre la niebla y el agua sus orejas de puerco que se alejan. También el dios, como de prisa, promete a Jesús la ayuda de un hombre llamado Juan. Y desaparece.¹²

Vuelve a la orilla de los hombres un Jesús extraño, si no totalmente distinto. Obsesionado diríamos con su condición de hijo de dios, identificado casi con su terrible destino y misión. Abrirá su secreto a los amigos, los conminará a unírsele en su camino, escogerá los Doce -¡sellados todos como los ve en ese momento por la muerte!- y empezará a ser predicador. Arrepentirse, aceptarlo como mesías-hijo de dios, someterse a la voluntad divina en su obra... Continúan sus curaciones prodigiosas, acordes a su corazón, compasivas, pero cargadas ya del mensaje de su dios; de su predicación en cambio sólo se retienen unas bienaventuranzas, que atraen y repelen a los pobres, con esa promesa de una felicidad que se desmiente en la previsión del dolor y la muerte.

Jesús decide extender su radio de acción, y envía a una opaca misión a los discípulos, que deberán reunirse con él más tarde para subir a la Pascua, en Jerusalem. Entre tanto, abre para sí mismo un espacio idílico con María de Magdala y sus hermanos en Betania. Logra así el reintegro de la exprostituta en su familia, cura a Lázaro de una afección del corazón, y disfruta del amor de todos. Pero esto será sólo un paréntesis. Sabedor de que Juan Bautista ha aparecido en el desierto, junto al Jordán, con su terrible llamamiento a la conversión -so pena del desastre- acaba yendo a él para recibir confirmación de su destino, y el bautismo. Siguen días oscuros para este Jesús que se endurece, y sin embargo, ya desde su llegada a Betania ha venido hundiéndose solitario en la cavilación y el sentimiento de culpa.¹³

De pronto pasa a la acción, si no violenta al menos duramente conflictiva: «He comprendido que no basta traer la paz, que es preciso traer también la espada.» (p. 488). Sube en efecto a Jerusalem con los doce y realiza un zafaracho entre los vendedores del Templo. Los sacerdotes comprenden que habrá que eliminarlo para evitar una sublevación popular contra los ro-

y el diablo- hasta casi identificarse. Se insinúa cuando menos una diferenciación más nominal que real entre las religiones, en manera que sus entorchos y conflictos, más que lucha de dioses, serán de los hombres entre sí. Saramago penetra sin duda en el ámbito más amplio de una filosofía de la religión; pero nosotros nos detenemos aquí.

13. «...a mí me veo hoy como se vió mi padre -José- en aquel tiempo, pero él responde por veinte vidas, y yo por millones.» (p. 465).

manos. De regreso a Betania tiene noticia de la muerte de su amigo Lázaro y contra los dictados de su corazón, y la súplica de Marta, en el último momento se retrae de resucitarlo: para qué someterlo de nuevo a otra muerte, le había susurrado el amor compasivo de María de Magdala.

La noticia de la prisión y muerte de Juan Bautista siembra el desconcierto entre los discípulos. El simple adulterio de un Herodes, como causa tan mezquina de su muerte, resulta insoportable a Judas de Iscariote: «Porque quiere él - ¡dios!- que sus propios designios sean así rebajados en la tierra.» (p. 500). Jesús en cambio, aun sin comprender, percibe allí los proyectos de su dios-padre. Y surge entonces, en forma por demás inesperada, un Jesús que si no se atreve a enfrentarse a ese dios victimario, sí en cambio procura tramarle una jugada que frustré sus planes: morirá sí, y en la cruz; pero no como hijo de dios. Con ello espera cegar en su fuente ese río de sangre. Pide a sus discípulos que suban a acusarlo de revoltoso y falso mesías, pero ellos se niegan indignados. Sólo Judas de Iscariote, por fidelidad al amigo, acepta.

El drama sube a su desenlace: los guardias del Templo lo llevan preso, y en el camino verá a Judas que se ha ahorcado a su paso en testimonio de su servicio fiel. Conminado por los ancianos del Sanedrín a confesarse hijo de dios, se niega. Es entonces acusado ante Pilatos como agitador, y en definitiva condenado a muerte. Jesús sólo pide a Pilatos una merced de condenado: que sobre su cruz se inscriba la única causa de su muerte, Rey de los Judíos. Piensa que dios quedará así burlado. Pilatos acepta -*quod scripsi, scripsi*- pero Jesús no ha contado con el poder y las argucias de ese dios.¹⁴ El cielo se abre sobre el crucificado, dios aparece, y resuena su voz por toda la tierra: «Tú eres mi Hijo muy amado, en ti pongo toda mi complacencia.» (p. 513). Todavía Jesús alcanza a medir el engaño que ha marcado su vida: cordero que se lleva al sacrificio, para que un río de sangre y de sufrimiento nazca de él e inunde la Tierra. Clama entonces a ese cielo donde dios sonríe: «Hombres, perdonadle, porque él no sabe lo que hizo.» (p. 513-514). Ya agonizante, repara abajo en un hombre que ha colocado en el suelo, «el cuenco negro sobre el que su sangre goteaba» (p. 514). ¿Acaso el ángel mendigo, pastor y cerdo, que una tarde lo llenó de «tierra luminosa» al anuncio de su concepción? Pero ahora está llena, y desbordará sólo sangre.

14. Ante la resistencia de Jesús a asumir su papel en ese plan horrendo, ya lo había amenazado con multiplicar sus signos de poder, auténticos de la filiación divina, aun fuera de todo control por parte de Jesús.

ACOTACIONES PERSONALES AL TEXTO, Y RETOS PARA UNA TAREA

Dentro de los límites de esta reseña no pretendemos polemizar con Saramago; menos aún desbrozar los problemas que plantea a una posición religiosa. Formulamos desde el comienzo una hipótesis, y nos atrevemos a llevarla aún más adelante. Sin desconocer la simpatía que se evidencia en el texto hacia la figura humana del personaje Jesús, y aun una cierta compasión hacia su victimación artera, tampoco alcanza aquélla la estatura de un héroe legendario, capaz de soportar sobre sí el drama de un mito prometico. Quizás el diablo se aproxima más, pero ya no es una figura humana. En ese Jesús, poseído y burlado, cabría más bien ver la desnudez y fragilidad del hombre, zarandeado por los vientos de una ilusión religiosa. Con todo, el desarrollo del relato no sólo nos confirma en la hipótesis planteada en nuestro sumario, sino que lleva a preguntarnos en qué medida la obra total ha sido concebida precisamente como un alegato contra ese *catolicismo* que parece resultar tan repulsivo al espíritu del autor.

Nos confirma en ello dirigir, ahora sí, nuestra atención sobre esa pintura del Crucificado -de un autor que no se especifica, ni siquiera de parte de los editores- que bien podríamos encontrar en cualquier iglesia católica de Europa, y sobre ese comentario suyo -al cual no hemos aludido todavía- que presiden e introducen el relato propiamente tal (pp. 11-19). De hecho allí se anticipa el drama y se adelanta un juicio en el gesto final del hombre que dio vinagre a Jesús: «Se va (...) *hizo lo que podía para aliviar* la sequedad mortal de *los tres condenados*, y no hizo diferencia entre Jesús y los ladrones, por la simple razón de que *todo esto son cosas de la tierra*, que van a quedar en la tierra, y de ellas se hace la *única historia posible*.» (p.19).¹⁵ ¿Cabe entonces imponer a generaciones enteras tanto dolor y muerte en nombre no ya de un mito sino de una ideología, que desenmascarada resulta tan monstruosa? Ese dios-demonio, ahito de poder, que como déspota bárbaro victimiza al hombre, no sólo arrebatándole su escasas posibilidades de felicidad terrena -a cambio de una vida ulterior tan vaga como problemática-, sino también anegándolo en un mar de sangre.

Prescindimos también de la selectividad evidente que preside la perspectiva, la simbolización condensadora -¡el sacrificio!-, y sobre todo los rasgos históricos del catolicismo, puestos en consideración por el autor. Sí en

15. El subrayado en nuestro.

cambio nos atrevemos a imaginar ¿cómo sería una novela, tal y como *El marxismo según Marx*, no ya desde la óptica de su humanismo ampliamente reconocido, sino desde los rasgos más truculentos de un Stalin o un Mao?

Permítasenos terminar señalando algunos ítems del reto que en nuestra opinión nos lanza a los responsables de un cristianismo católico auténtico esta novela de Saramago: no ya en referencia al autor mismo, allá en su Europa ojalá menos brutal y violenta, liberada ahora del catolicismo, sino aquí, en medio de nuestra propia sangre derramada.

La confesión de Juan Pablo II, en publicidad universal, nos libera de la carga inútil -y a la postre nociva de nosotros mismos- de una defensa inconsulta de errores y pecados, por grandes y monstruosos que sean, cometidos *en* la Iglesia. Tampoco resulta honesto ni científico descontextualizarlos de su tierra nativa ¡luminosa, sí, pero también precaria! Porque equivale a *historicidad* del hombre, y no sólo significa posibilidad de progreso, sino también riesgo de postración, aberración y decadencia. Una Iglesia que mantiene la conciencia del pecado, aun en el ámbito de la gracia, no puede soñarse ingenua o apologéticamente limpia siempre de polvo y paja. Y le está bien confesarlo.

Pero le está bien beber también este cáliz repulsivo de una interpretación fácil de la cruz y la sangre; tanto más cuando la Escritura, felizmente puesta al alcance de todos, su lectura ingenua -cuando no ignorante- podría dejar en el espíritu de no pocos más al dios guerrero del exterminio de los otros, que el Dios-Amor de Jesucristo, victimizado en sí mismo, no por ansias de poder, sino en el amor hasta el extremo.

Finalmente llamamos la atención de nuestra Facultad de Teología sobre este campo, expresivo y forjador de cultura -o de contracultura- que es la Literatura, así, con mayúscula. Para no pocos, ella será siempre portadora feliz de nuestras posiciones fundantes ante la realidad y la condición humana. No es ella simple escapada de la realidad por los caminos de la fantasía o el entretenimiento.¹⁶ El Quijote sigue corriendo vivo, ya no por los campos de la Mancha, sino en los mejores valores vividos de nuestra tradición hispana.

16. «Opino que en última instancia la civilización justifica la literatura por su contribución a nuestra intrincación en la realidad.» MAC'AVENUE, SEAN, *Theological Doctrines and...*, capítulo 1, «*Can You Really Believe the Bible?*», p. 11.